

deplorable, como un solemne obispo que bien pudo recitar su papel en el teatro santiaguino, donde ríe cotidianamente el más ignaro público dominguero. Es una suerte que, pasado el mal trago del obispo, leamos en las hojas últimas del libro el hermoso cuento «Camanchaca», propio de la pluma del maestro.

Al finalizar esta modesta glosa nos asalta el rubor de haber incurrido en una excesiva e irreverente violencia, pero no sería honrado acallar una opinión que recuerde su compromiso estético a los valores consagrados de Chile. Se ha dicho, quizá si con razón, que entre la nueva generación literaria y la anterior ha caído el diluvio. Nosotros creemos, más bien, que el ilustre novelista Eduardo Barrios sentirá por su actual libro esa pasión obcecada, estoica y tierna que experimentan los padres por sus hijos defectuosos, a quienes defienden en desmedro de aquéllos que, por su belleza total, son los dignos herederos de su nombre.—LUIS MERINO REYES.



<https://doi.org/10.29393/At233-187BPAD10187>

LAS MÁS BELLAS POESÍAS PARA RECITAR. Ediciones Zig-Zag,  
1944

Sin duda, recitar es asunto del espíritu, porque no es sino inundar de luz el verbo, encender las palabras en todo su contenido plástico y espiritual hasta que reluzcan, como los diamantes últimos.

Es un arte sobrecargado de dificultades y su pleno ejercicio, a menudo lleva en sí la condición de que sus iniciados posean un inefable instinto o don arqueológico. Porque entre el poeta y el recitador está el tiempo, trizando con su marca suprema ciertos espejos y llevando el resplandor a otros.

En virtud de este continuo oscilar se precisa de un ojo íntimo, profundo, constituido por una sensibilidad mágica, para levantar las carcomidas ataduras que momifican las palabras y

la lengua del poeta y de esta manera rescatarlas ante el asombro de todos con la copiosa frescura del instante en que hace años o siglos, fueron creadas.

Por ello, en esta oportunidad, hemos sufrido una ruda conmoción estética al descender de estas meditaciones a la obra de Alberto de Agramonte, autor de este libro y entelequia literaria que es, a todas luces, un pseudónimo de mera industria, que el cual nos afirma que en su recopilación se ha cuidado de incluir «obras líricas, o seleccionadas de obras dramáticas, de primer orden literario».

El prólogo, demás está decirlo, sólo alcanza a una página, escasamente. Y a pesar de tan rotunda afirmación en cuanto a obras de primer orden literario, de la lectura de la obra se deduce que ésta es sólo una espesa red que ha recogido, con mayor o menor ventura, una marca lírica que anda de parnaso en parnaso y de antología en antología, con la totalidad, además, de esa hojarasca que pulula en las aguas de los grandes pucutos.

Se dice, igualmente, en el susodicho prólogo, que se ha escogido en las poesías recolectadas «el carácter y expresión que las hacen propicias a ser recitadas». Pero como la diversidad de los poemas y la calidad de los poetas, no guarda relación con pauta alguna, cabría preguntarnos, si todo gran poema es recitable o no. En general, la recitación es un arte estagnado. No ha hecho progresos visibles y los poetas lo miran, a menudo, con terror, respeto o desprecio profundo. La mala poesía, el arhustillo sentimental y mediocre, ha invadido los centros de recitación y de la radiotelefonía, ya por azar inevitable, o simplemente por desidia de los grandes poetas que han abandonado a su sola y propia suerte, estos reductos. Y he aquí un grave suceso: la función total del poeta es escribir poesía y tender a su difusión entre el mayor número de los habitantes de un pueblo. Por ello, estos florilegios y parnasos, populares por excelencia, debido a su precio y número de ejemplares en que circu-

lan. son de gran importancia, y no otorgársela, como hasta ahora lo han hecho nuestros poetas, es un grave error. En efecto, en el presente, sólo han sido vehículos de industria rápida, irresponsabilidad y mal gusto, salvo excepciones extraordinarias.

En el caso que nos ocupa, el señor de Agramonte, reúne ciento treinta y nueve autores, más algunos romances del «Romancero Español». A Chile le asigna una cuota de veintisiete poetas. A Argentina asigna una de quince. Por encima de pequeños nacionalismos y otras menudencias, nuestro país aparece en extremo mal representado, a pesar de llevar la obra un sello editorial chileno y haber sido impresa en Chile. ¿Es extranjero el señor de Agramonte, que conoce tan imperfectamente nuestros poetas? Así lo creemos.

Por otra parte, de los ciento treinta y nueve poetas incluidos, sólo aparecen—mirando la obra con benevolencia—, con poemas de primera clase, sólo 72: a saber: Alberti, Alcázar, Andrade, Arboleda, Argensola, Balbuena, Bataille, Baudelaire, Bécquer, Blest Gana, Claro, Calderón de la Barca, Cané, Cernuda, Claudel, Corbiere, San Juan de la Cruz, Juana Inés de la Cruz, Darío, Leopoldo Díaz, Diez Canedo, Eguren, Espina, Espronceda, León Felipe, Paul Fort, García Lorca, Gómez Rojas, Góngora, González Lanuza, González Martínez, González Prada, Guillén, Gutiérrez Nájera, Guzmán Cruchaga, Hartzenbush, Heine, Herrera y Reissig, Ibarbourou, Jaimes Freyre, James, Jara, Juan Ramón Jiménez, Luis de León, Lisle, Lugones, Antonio y Manuel Machado, Manrique, Medina, Méndez Calzada, Mikhael, Gabriela Mistral, Neruda, Nervo, Noailles, Otón, Palacio, Palés Matos, Parra del Riego, Pezoa Véliz, Rueda, Sabat Ercasty, Samain, Santillana, José Asunción Silva, Storni, Teresa de Jesús, Valencia, Villaespesa y Zorrilla. Entre los silenciados se encuentran poetas de alta jerarquía, porque están defectuosamente seleccionados. El afecto de Menéndez Pelayo por Pírferrer, nos parece algo transitorio, y sólo justificable en su época.

Este florilegio, nos da la sensación de ser una irresponsable bola de nieve integrada con innumerables adherencias adquiridas al azar, provenientes de otras ediciones y épocas ya fenecidas. Las traducciones nos indican el nombre del traductor y, finalmente, los poetas, en la más indescriptible confusión cronológica, están colocados por orden alfabético. Mas, examinemos la representación poética chilena en detalle, ya que no es posible, ni es digna de ello examinar, a esta anónima obra en su totalidad.

Neftalí Agrella figura con su poema «El Capitán abandonado». Mala fortuna estética ha tenido en Chile, la poesía marinera. Como que ella es un territorio tan explorado y difícil, como la oratoria sagrada. Dice:

«Aquí donde el mar siempre repite su canción  
de arrebatos inútiles y blandura fuerte,  
el gris Capitán tuvo su postrer cita con  
la muerte».

Hay ausencia de forma y de estilo: parodia a Corbiere, pero sin buen éxito.

De Rubén Azócar, prosista que utilizó la poesía, como un previo ejercicio para estirar los músculos y la pluma, transcribe «La Puerta»:

«Puerta ruinosa, puerta obscura,  
eres como mi madre,  
que me habría los brazos cada vez que volvía».

Hay emoción de tipo romántico, pero las imágenes son arbitrarias y las prosopeyas, infantiles y desmesuradas hasta el mal gusto.

De Julio Barrenechea, publica «Círculo», poema dulzón y de marcada vulgaridad:

«Pequeña aldea del recuerdo,  
donde reviven cosas muertas,  
Yo soy mi padre para ella,  
mi padre que ha dado una vuelta».

De Guillermo Blest Gana, publica un soneto reproducido casi por todos los florilegios. Soneto de juventud que pertenece al libro «Armonías», de este autor y que es digno de ser repetido una vez más y las que se desee, pese a sus insignificantes méritos de detalle, pero que se salvan en el conjunto:

«Al llegar a la página postrera  
de la tragicomedia de mi vida  
vuelvo mi vista al punto de partida  
con el dolor del que ya nada espera».

De Luis Felipe Contardo, reproduce «Retablo» y «Misterium Sacrum», composiciones desprovistas de toda belleza, hondura y creación:

«De la luna que nace, la claridad serena  
envuelve la casita, dulce nido de amor;  
en el huerto inmediato hay olor de azucena,  
y aleteo de tórtolas y agua que hace rumor...»

De Francisco Contreras, coge «Luna de la Patria», composición que comienza en relevante forma, pero que a poco de mucho andar (es muy larga), se derrumba en anécdotas pedestres y de mal gusto:

«Soy el mismo, sin embargo,  
todo ilusión y erotismo;  
soy el mismo niño amargo  
soy el mismo, soy el mismo».

Jacobo Danke, figura con «Breve letanía para algunos emigrantes muertos en estas tierras», poema mediocre, carente de todo vigor y creación lírica:

«Ahora un poco de silencio y un poco de tristeza  
por aquellos que vinieron a esta parte del mundo.  
Aquellos que eran fugitivos de su patria y que no sabrán  
de la bondad que hicieron pedazos en sus corazones de niños».

De Alejandro Galaz, poeta muerto prematuramente, trae «Romance de mi infancia», octosílabo que sólo es un boceto lírico. Tiene hallazgos, pero no alcanza a erigirse en jerarquía poética, en obra definitiva:

«¡Y qué suavidades tiene  
la ruta que el alma inventa  
para volver a su infancia  
que se quedó en una aldea».

«Egloga del Camino», representa a Jorge González Bastías. Es un poema menor, desprovisto de íntima eficacia creadora:

«Mi viejo camino, un poco  
quiero conversar contigo,  
y ante las sombras que evoco  
hablarte como un amigo».

Juan Guzmán Cruchaga, se identifica en este inventario con su bella «Canción», poema que le fuera en parte inspirado por un soneto de D'Annunzio, traducido por Guillermo Valencia:

«Alma, no me digas nada,  
que para tu voz dormida,  
ya está mi puerta cerrada».

De Jorge Hübner Bezanilla, trae el «Arbol», poema que si bien posee algunos méritos, carece de personal ejecución. Es una composición que cae envuelta en una forma vulgar;

«Arbol, tu sombra a todos protege; tu perfume  
por el amor del viento se puede disfrutar;  
pero el hombre en sus ansias de darse se consume  
por ofrecer un bien que no puede formar».

De Max Jara, trae la bella canción «Ojitos de pena», plena de pequeña sabiduría folklórica, más el malhadado señor de Agramonte, parece ignorar, casi en su totalidad, la importante obra de este poeta, a juzgar por la muestra que da a la estampa:

«Llorando las propias,  
¿quién vió las ajenas?  
Mas todas son penas,  
carita de luna».

De Magallanes Moure recoge su definitivo y perfecto «Apaisement», que es ya cosa juzgada poética y otro débil poema «¿Recuerdas?», sin mayor importancia. Según nuestro juicio «Apaisement», es el único poema verdadero escrito por Magallanes Moure:

«Tus ojos y mis ojos se contemplan  
en la quietud crepuscular.  
Nos bebemos el alma lentamente  
y se nos duerme el desear».

Roberto Meza Fuentes aparece con «Balada del antiguo amor», poema sonoro y desprovisto de fuerza. Posee una estructura lírica sólo aparente:

«Rompiste mi vida, sonriendo, quizá, como arranca el niño rosas del rosal, como hiere alas que quieren volar.

Y yo nunca, nunca, te podré olvidar».

Gabriela Mistral está bien representada con sus altos y eficaces «Sonetos a la Muerte» y su «Nocturno» escrito en un metro que utilizara Espronceda, por vez primera, al parecer:

«¡Padre nuestro que estás en los cielos  
por qué te has olvidado de mí!  
Te acordaste del fruto en febrero  
al llagarse su pulpa rubí.  
¡Llevo abierto también mi costado,  
y no quieres mirar hacia mí!»

Pero Agramonte ignora que Gabriela Mistral, publicó en Buenos Aires, en 1938, un segundo libro intitulado «Tala»? Así se deduce de este libro.

De María Monvel publica «Marineros», composición de fácil, pedestre y pequeña versificación:

«Agridulces deben ser  
los besos del marinero:  
salpicaduras de mar  
en los labios entreabiertos».

Carlos Mondaca aparece en «Cansancio». Neurastenia sin estilo, convencional, para ser administrada a pequeños burgueses lánguidos, sin un sólido sentido de lo bello. Una burocracia docente o universitaria, le aplaudió en su época. Hoy es, a menudo, letra de tango;



«Quien pudiera dormirse, como se duerme un niño  
sonreír entre sueños al sueño del dolor  
y soñar con amigos y soñar el cariño  
y hundirse poco a poco en un sueño mayor».

De Pablo Neruda, da los poemas N.º 15 y N.º 20, en versiones anticuadas que el propio Neruda, en 1932, retiró de la circulación, por intermedio de una segunda edición de «Veinte poemas de amor y una canción desesperada». He aquí un testimonio de la rutina que involucra este libro, confeccionado sin consultar, casi ninguna fuente original. La segunda versión de estos poemas es muy superior a la primera y son dignos de figurar, por su belleza y ejecución, en un trabajo de esta índole.

De Pezoa Véliz, incluye «Nada», «El pintor pereza» y «Tarde en el hospital», todos poemas de gran ejecutoria y ya cosa juzgada de alta poesía:

«El pintor no lee. La lectura agobia,  
y anteojos de bruma pone en la nariz;  
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,  
y todas las cosas con máscara gris».

De Pedro Sienna, transcribe «Esta vieja herida», aleación vulgar, elaborada con cierto cuidado y que tuvo ya su muerto apogeo:

«Esta vieja herida que me duele tanto  
me fatiga el alma de un largo ensoñar;  
florece en el vicio, solloza en mi canto,  
grita en las ciudades, aúlla en el mar».

José María Souviron, español residente entre nosotros, exhibe «Romance de los nombres» y «Primavera». El primero a

pesar de haber sido hecho para recitarse a toda prisa («juego a toda prisa», según el autor), pronto pierde velocidad y cae en lo anodino:

«A todos en suavidad  
les gana Valparaíso.  
Salta la nota danzando  
y a Talcahuano ha caído  
para subir una cresta  
y hacer Jujuy como un niño  
que juega en el Tucumán  
al Catamarca y los brincos».

En cuanto a «Primavera», con la aburrida repetición, excusa de gusto y belleza, que llega a nueve veces: «que regó la rosa que ayer te dí», bien pudiera adjudicársele la dantesca pena que «Alone», otorgara a no recordamos qué poeta, que consistía en repetir, por toda una eternidad, una frase por el estilo referente a una «silla de mimbre», infinitas veces... Y hay quienes creen que José María Souviron, es el señor de Agramonte. Quizás...

Daniel de la Vega, irrumpe con «El bordado inconcluso», versificación sin jerarquía ni estilo:

Las muchachas detrás de los balcones  
contemplan florecer las primaveras  
y entretienen sus locos corazones  
con quimeras, quimeras y quimeras».

Con «Copihue rojo», de Ignacio Verdugo Cavada, la selección alcanza los caracteres de simple letra de tonada:

«¡Yo soy la sangre araucana  
que de dolor floreció!»

«Un poema o una òla» y «La soledad y el humo», es el aporte de Victoriano Vicario, seguidor de desvanecidas esencias de las llorosas ruinas sentimentales de Lubicz-Milosz, Neruda y otros, carece de sintaxis y ordenación interior. Acumula elementos líricos, sin mayor vigor ni eficacia:

«Si tú supieras como el mar me llama  
con sus cóleras grises y sus negras  
historias de naufragios estarías  
modificando el sol. Por una hebra  
de soledad arrimas a mi sombra  
y en un sollozo de ámbar tu melena».

De Julio Vicuña Cifuentes, incluye «La Mimosita», tema en el cual fracasara Max Jara, a pesar de su técnica y dotes de índole popular. Vicuña Cifuentes fracasa igualmente y nos extraña que el poema aun circule, como una falsa moneda poética:

«Lejos de su dulce voz arrulladora  
¿quién sabe si ríe, quién sabe si llora?  
Mejor es ahora  
su historia olvidar».

He aquí el testimonio del cabal desconocimiento de la poesía chilena, desconocimiento que incluye, a su vez, una mala selección por parte del señor de Agramonte. En este punto cabe mencionar el caso de Jerónimo Lagos Lisboa, que figura con un poema que carece de calidad, pudiendo haber incluido otro de este autor.

Entre los escasos méritos del trabajo cabe destacar la inclusión de Luis Cernuda (español), mediocrementemente espigado; del mismo modo y en idénticas condiciones, la inclusión de Rafael Alberti (español) y asimismo, la presencia de León Felipe (español), con un bello poema.

Entre los americanos, Rubén Darío, se destaca, seleccionado con eficacia. Finalmente, el libro trae una útil y elemental tabla de las principales combinaciones métricas usadas en lengua española.

En suma, sólo nos cabe esperar que un gran poeta recopile, de veras, «Las más bellas poesías para recitar» utilizando fuentes originales.—ANTONIO DE UNDURRAGA.



SUSANA Y LOS CAZADORES DE MOSCAS, por Pío Baroja

Nos habían dicho que era una novela humorística y pensamos en la infancia, «Silvestre Paradox»; pero la lectura nos recordó vivamente «Las tragedias Grotescas» y «Los amores tardíos», esta última, tercer tomo de una de las más atrayentes trilogías que ha escrito Baroja. En todo caso «lo mismo de siempre», frase de la que se enorgullece Somerset Maugham, cuando un crítico londinense define con ella uno de sus últimos libros. Lo mismo de siempre. Es indudable que un escritor verdadero tiene un sistema o manera, instrumento familiar a su espíritu con el que sondea los asuntos y problemas que lo llevaron de una vez para siempre a la vida literaria. ¿Existe algún escritor de valor que no acreciente su obra con los mismos problemas tratados de la misma manera, casi? Las novedades y lo imprevisto quedan para los escritores fotográficos a lo Paul Morand.

Baroja está todo él en cada una de sus novelas, que ya deben bordear el centenar. Joven o viejo uno de los protagonistas es depositario de toda la furia crítica de don Pío conduciendo además la superior capacidad de observación del autor español. De sus cien novelas han salido armonizadas y concluidas hasta un veinte por ciento, conteniendo algunas de éstas la calmosa suficiencia del genio. El resto de sus obras aparece